

XXXIV

Había transcurrido un mes desde que salió Pepe de Madrid. Engracia, concedora de la estrecha amistad que existía entre él y su amante, cuidaba cariñosamente á Don José, quien viéndose bien atendido se acordaba poco de los suyos. En la *Limosna de la luz*, doña Manuela fué ascendida de vigilanta á inspectora, gozando más sueldo y mejor habitación en el domicilio de la hermandad, y á Leocadia se le adjudicó la plaza que dejó vacante su madre, favores que ambas recibieron de la Condesa de Astorgüela, cada día más esperanzada en el éxito de la misión que confió á Tirso. Este, lejos de hallar atractivo en la vida cortesana, iba sintiendo hastio de ocuparse en empresas inferiores á las que soñó su entusiasmo. Enviado á Madrid como agente

de los elementos que impulsaban la guerra civil—causa que le parecía justísima—cumplió su misión y recibió orden de esperar: luego, por procurarse recursos, y al propio tiempo por deseo de contribuir de algún modo al triunfo de sus ideas, pronunció sermones que le dieron cierta notoriedad y admitió el cargo que disfrutaba en las *Hijas de la Salve*; pero ni bastaban á satisfacerle los elogios de las sacristías, ni le sonreía la idea de haber dejado su curato para ser capellán de monjas. Todo aquello le parecía mezquino; no había él salido de su retiro para tan miserables empeños. En un principio le preocupó bastante la impiedad que devoraba á su familia pero este mal estaba ya conjurado en gran parte. Respecto á la negociación que le confió la de Astorgüela, también imaginaba haber conseguido lo principal, que era provocar el apartamiento entre Paz y su novio: el resto, otro lo haría. La estancia en Madrid comenzaba á serle desagradable, pues nunca imaginó servir á la buena causa en pequeñeces y menudencias, sino en lo más importante y principal, que era agotar todos los medios capaces de levantar el país contra los gobiernos revolucionarios, perseguidores de la Iglesia. En

disposición de ánimo se hallaba cuando le mandó llamar la de Astorgüela y, recibéndole en la misma habitación que la vez primera, celebró con él una entrevista, en que acaso se dibujaron dos tendencias de un mismo partido y en que Tirso halló ocasión de manifestar brava y noblemente sus ideas.

La de Astorgüe'a, sentada en una gran butaca, vestida con severa sencillez y expresándose siempre con dulzona amabilidad, recordaba algo las figuras de aquellas mujeres influyentes en la política francesa del siglo XVII de quienes cuentan raras cosas las crónicas: diríase la querida de un cardenal recibiendo á un clérigo provinciano. Tirso estaba meros cohibido ante ella que en su primera visita, porque ya se habían hablado algunas veces en las juntas de la hermandad.

—¿Sigue usted contento en Madrid?—le preguntó la condesa, indicándole que tomara asiento.

—Trabajo no falta, y algo me distrae; pero mi situación va siendo anómala, y esto me desagradá bastante.

—Estamos, sin embargo, muy satisfechos de usted.

Aquel *estamos* sonó mal en los oídos de

Tirso: juzgaba que la debía agradecimiento por el apoyo que la dispensó; pero fuera de lo referente á la hermandad, no reconocía en ella autoridad para aprobar ó condenar sus actos; molestándole lo que alardeaba de su influencia en asuntos políticos que se rozaban con la iglesia.

—Pues, señora, en realidad no tengo grandes motivos para estar contento, aparte las atenciones que he merecido de usted. Yo vine é Madrid para una cosa... y estoy sirviendo para otra. Llegué aquí con una misión delicada... honrosa por el peligro que entrañaba... y estoy casi convertido en capellán de monjas. Harto sabe usted que mi propósito era ayudar más eficazmente á lo que todos deseamos.

Ella entonces, por darle entender que no fué llamado para manifestar sus deseos, sino para cumplir los ajenos, varió el rumbo de la conversación.

—He dicho á usted que su conducta merece elogio, y así es, efectivamente. Según mis noticias — y ya sabe usted que todo lo *averiguamos* cuando es cosa de interés — la señorita de Agreda ha reñido con su hermano de usted, ó mejor dicho, están en absoluto corta-

das las relaciones entre ambos, y esto á usted se le debe.

—Hice lo que pude, sin que me costara gran trabajo. Me bastó decirle que Pepé frecuentaba la casa de otra mujer. Después, su propia impaciencia... los celos hicieron lo demás. Debe ser una niña nerviosa.

—Enamorada—le interrumpió la Condesa.—¡Pobre criatura, da lástima!... Pero lo hecho no basta.

—Cuando pase más tiempo....

—Ni su padre, ni ninguno de los que la rodean, conoce la causa de su abatimiento creen que está enferma. Hay que apurar más las cosas, no despreciar los momentos, influir en su ánimo, de lo contrario, puede verificarse en ella una reacción y, cuando queramos acudir, tal vez sea tarde.

Yo no he vuelto á verla ni hallo pretexto para ello.

—Hay que buscarlo, porque pasada esta primera impresión de amargura, quizá sea difícil lo que pretendemos. Está muy triste, muy abatida, pero no tiene trazas de pensar ni en cosa que lo valga.

—Con el carácter de esa niña, considero

expuesto á un fracaso todo lo que sea querer precipitar los acontecimientos.

—Pues es preciso. Reflexione vd. despacio sobre el asunto, que es de gran importancia para *la casa*... y para vd. Además; ese hermano, que tan violentamente se ha portado con usted....

En esto hizo el cura ademán de querer hablar; mas la Condesa, acostumbrada al trato de gentes tan fanáticas como él, pero menos honradas, cometió la imprudencia de completar su pensamiento, diciéndole:

—Piense vd. también un poco en su propio interés. El asunto es muy importante para la hermandad, que tiene gran influencia; porque estos revolucionarios son tontos. Sólo entre las colegiadas de León y Toledo hay ahora cinco prebendas vacantes. ¡Imagine usted qué puesto tan hermoso para trabajar en pro de lo que todos deseamos!

Altiócese entonces Tirso, se puso en pie como si su asiento tuviera un resorte que le impulsara y, ofendido, trémulo de ira y de vergüenza, repuso, sin disimular el enojo:

—Señora, ni sabe usted lo que dice, ni á quien se lo dice. Yo no soy cura cortesano, ni

clérigo palaciego, ni he venido aquí para medrar de mala manera....

—¡Señor Resmil'a!

—¡Francamente, señora Condesa! No sirvo para tales cosas. Hasta me arrepiento de lo que he hecho. Disponga vd. de mi plaza de capellán para los que aceptan tales ofertas. Aquí todo es mezquino. Estoy de estas pequeñas cosas hasta por cima de los pelos. Daré por la fe hasta la última gota de sangre; pero para pagarme no hay dinero.... ¡Ni que me hicieran Papa! Es cien veces más noble irse al campo á que le rompan á uno la crisma.

La de Astorgüela, absorba y desconcertada, no desplegó los labios: Tirso cogió su teja negra de la silla en que la había dejado y añadió bruscamente:

—Adiós, señora.

Sólo al caer tras el cura el pasado cortinón que cubría la puerta de la lujosa sala, se sobrepuso la dama á la sorpresa que le causó tamaño arranque de honrado fanatismo.

—¡Bah! Es un puritano inútil. Otro lo hará.

Dentro de las veinticuatro horas siguientes, las *Hijas de la Salve* supieron que el más moderno de sus capellanes se había marcha-

do sin despedirse de nadie, haciendo antes renuncia de la plaza que desempeñaba. Doña Manuela y Leocadia fueron las últimas en enterarse de lo ocurrido. La hermana portera no pudo decirles sino que la víspera vió hojear á Tirso un indicador de ferro-carriles; que, vestido de paisano, salió en persona á buscar un coché de punto y que, ayudando al simón á levantar su baul, dijo:

— A la estación del Norte.

